

El P. Juan B. Metz, Profesor de Teología Fundamental en la Universidad de Múnster, presentó la siguiente tesis en un *symposium* teológico celebrado en Chicago hace dos años. La tesis fue enunciada en estos términos: "La relación entre la fe y el mundo puede expresarse teológicamente con el concepto de una Escatología creadora; tal teología que de este modo se ha orientado escatológicamente puede llamarse igualmente teología política."

### El único futuro del hombre

Permítaseme comenzar esta exposición con una frase muy característica tomada de Santo Tomás de Aquino: "El hombre no tiene un último fin natural y un fin último sobrenatural; tiene solamente un solo fin último, que es el futuro prometido por Dios." En lo que se refiere al futuro del hombre no se va a utilizar la distinción empleada frecuentemente y tal vez con demasiada ligereza: la distinción entre lo natural y lo sobrenatural. Nosotros no podemos contentarnos con esta distinción cuando se trata del futuro y de la historia final y no podemos separar el futuro natural del mundo del futuro sobrenatural de la fe y de la Iglesia. En relación con el futuro ambas dimensiones convergen. Esto quiere decir que la esperanza con la cual la fe cristiana mira al futuro no puede realizarse al margen del mundo y de su futuro. Esta esperanza debe consistir al mismo tiempo para el futuro único que Dios ha prometido y, por consiguiente, para el futuro del mundo y debe responder por este futuro. La fe no espera para sí misma, la Iglesia espera no solamente para sí, sino también para el mundo.

### Huída hacia adelante con el mundo

Nos preguntamos si la esperanza bíblica está realmente relacionada en una forma tan radical con un único e indivisible futuro. ¿No es esta esperanza más bien una esperanza al margen del mundo y de su futuro? ¿No es ella más bien precisamente en el Nuevo Testamento continuamente impulsada y acompañada por el motivo de la huída del mundo? Ahora, sería ridículo y tal vez un compromiso si nosotros minimizamos este motivo de la esperanza que se encuentra en el Nuevo Testamento. Nosotros reconocemos este motivo y lo consideramos importante. Aun hoy. Se trata en todo caso de entender correctamente la huída del mundo. Esta huída no es sencillamente una huída que abandona el mundo; porque si así fuera, ya que el hombre no puede existir sin mundo, se convertiría a lo último en una huída engañosa hacia un mundo artificial que de hecho sería la fácil situación religiosa

del mundo de ayer. No se trata, pues, de una huída del mundo, sino de una huída de ese mundo que está sometido a lo presente y a lo utilizable, cuya "hora siempre está a mano" (Juan 7, 6).

La llamada del Apóstol San Pablo para la abnegación del mundo y ante todo su consejo: "no tengáis la forma de este mundo" (Rom. 12, 2), debe ser oída exactamente. Aquí no se critica la solidaridad con el mundo, sino el conformismo con el mundo existente que busca su propia apariencia y que se gloria de sí mismo y que busca darse su futuro sacado de sí mismo y que degrada todo lo futuro convirtiéndolo en instrumento de su presente poderoso. No se exige aquí una negación del mundo ni un abandono inconsiderado de un compromiso con el mundo, sino más bien la disposición para el conflicto doloroso y para la ruptura llena de sacrificio con el mundo presente; se pide, por consiguiente, la disposición de rechazar en nombre del futuro prometido por Dios el presente con todas sus circunstancias. Lo que impulsa al cristiano a la ascética de la huída del mundo y de la abnegación no es el desprecio al mundo, sino la responsabilidad del mundo en la esperanza, tal como está prometida y sellada en las palabras de Dios y ante la cual nos refugiamos siempre en la mediocridad o en la desesperación.

La huída cristiana del mundo brota del espíritu de la esperanza bíblica y está al servicio de esa esperanza para todo. Ella sigue a Jesús en su pasión y crucifixión, en la cual se unen de una manera única la afirmación del mundo y la superación del mundo, la acción más alta por mundo y el más alto sufrimiento por causa del mundo. Ella tiene la forma de siervo, de una esperanza crucificada para el mundo. Una fe que es conducida por tal esperanza, antes que doctrina es una iniciativa, una iniciativa para la transformación dolorosa del mundo en el reino de Dios, reino que está fundado en la cruz y en la resurrección de Jesucristo.

### Nuevo aspecto de la relación de Iglesia y mundo

Por todo esto se puede determinar más exactamente la relación que hay entre la Iglesia y el mundo. A pesar de todo lo que se afirma sobre la Iglesia y el mundo, apenas existe algo más oscuro que la relación fundamental entre ambos. Lo que se dice corrientemente del acercamiento de la Iglesia al mundo, de la apreciación del mundo por la Iglesia, etc., hace patente esa oscuridad. ¿Es, pues la Iglesia algo distinto del mundo? ¿No es, pues, ella también mundo? ¿No somos los cristianos que hacemos la Iglesia también mundo? ¿Hacia dónde nos dirigimos cuando nos dirigimos hacia el mundo? La Iglesia no es sencillamente

# TEOLOGIA

un no-mundo, ella es aquel mundo que trata de vivir del futuro prometido por Dios y que pone en duda aquel presente que quiere ser entendido por sí mismo y en razón de sus propias posibilidades. Ella es, según su manera, una crisis revolucionaria de cualquier mundo existente. La relación Iglesia y Mundo no es algo primariamente espacial, sino temporal. La Iglesia es la comunidad escatológica y su carácter sacramental e institucional está fundado en esa concepción escatológica. La Eucaristía es, y no en último término, recuerdo de la muerte de Cristo precisamente como promesa —hasta que el Señor venga. La Iglesia no es meta de su propio movimiento, esa meta es el Reino de Dios. "La Iglesia vive, por consiguiente, entendido esto correctamente, siempre de la proclamación de su propia transitoriedad y de su continua superación histórica para convertirse en el venidero Reino de Dios, que ella peregrina para alcanzarlo" (Karl Rahner). La esperanza que ella proclama no es la esperanza en la Iglesia misma, sino en el Reino de Dios como futuro del mundo. *Ecclesia est universale sacramentum spei pro totius mundi salute.*

### Escatología creadora y luchadora

¿Cómo se realiza, pues, la misión de la Iglesia para el futuro del mundo? En primer lugar, no puede realizarse en una pura contemplación, ya que la contemplación se refiere por definición a lo ya presente y existente. El futuro que espera la Iglesia es algo que se está haciendo, que se está realizando. Por lo tanto, esa esperanza con la que espera la Iglesia debe ser esencialmente creadora y luchadora porque tiene que realizarse en una escatología creadora y luchadora.

Para nuestra escatología, la Jerusalén celestial y terrena, la ciudad de Dios prometida, no es sencillamente un fin ya existente, pero alejado de nosotros y que solamente estaría oculto de nosotros y al cual nosotros nos referimos en una

# POLITICA

**JUAN B. METZ**

manera representativa. Esta ciudad de Dios escatológica se está haciendo y, por lo tanto, no puede ser objeto de nuestra representación, ya que ésta, por definición, se refiere a lo existente y a lo que ya llegó a ser. En cuanto nosotros, con esperanza, nos acercamos a ella, la construimos: somos constructores y no meros intérpretes de un futuro cuya fuerza impulsora es Dios. La Constitución acerca de la Iglesia dice: "Renovatio mundi... in hoc saeculo reali quodam modo anticipatur." La renovación del mundo... se anticipa en este siglo en cierto modo real. El cristiano es colaborador para el reino prometido de la paz universal y de la justicia (véase 2 Petr. 3, 3). La ortodoxia de su fe debe verificarse constantemente en la otaopraxis de su quehacer orientado hacia los últimos tiempos, porque la verdad prometida es una verdad que debe ser realizada como San Juan lo asegura muy claramente.

La escatología cristiana no es, por lo tanto, una escatología presente en la que toda la pasión por el futuro se traduzca en un hacerse presente de la eternidad en el momento actual (aunque esta escatología aparezca moderna para los teólogos existencialistas que subrayan el presente como un punto de partida de la eternidad). La escatología cristiana no es una escatología de la espera pasiva en la que el mundo y su tiempo sean como una sala de espera preparada, en la cual el hombre se desentiende y espera pacientemente sin hacer nada hasta que se abra la puerta de la sala del recibo de Dios. La escatología cristiana se ha de entender más bien como una escatología luchadora y productiva. La esperanza cristiana es aquella esperanza con la cual nosotros tenemos no solamente algo que beber, sino también algo que cocinar, como una vez dijo hermosamente Ernst Bloch. La fe escatológica y el compromiso terreno no se excluyen, porque lo que dijo San Pablo de no adoptar la figura de este mundo significa no sólo cambiarse uno a sí mismo, sino cambiar la figura del mundo mediante la lucha y la esperanza creadora en la cual el hombre cree, espera

y ama. La esperanza del Evangelio tiene una relación polémica y liberadora para con la vida real y práctica del hombre y para con las condiciones sociales en las que esta vida se realiza (J. Moltmann).

## **Necesitamos una teología política**

Una teología del mundo que esté inspirada en esta teología creadora y militante no puede desarrollarse más en el estilo y con las categorías de la antigua cosmología teológica, ella no puede cumplir su tarea en el estilo y con las categorías de una teología trascendental, personal y existencial, que aparecen, en relación con esta tarea, como demasiado "privadas" y particulares. La teología del mundo no es ni una teología objetivista del cosmos ni una teología trascendental de la persona y su existencia, sino ante todo es una teología política. La esperanza militante y creadora que la inspira se relaciona esencialmente con el mundo como sociedad y con las fuerzas de cambio que hay en ella. Esta teología debe discutir las grandes utopías políticas, sociales y técnicas, las promesas que emanan de la moderna sociedad, acerca de una paz universal, de una justicia universal, en una palabra, de una humanización del mundo. Porque la salvación a la que se refiere la esperanza cristiana no es primariamente la salvación de los particulares, ya sea la salvación individual del alma o la resurrección individual de la carne (no temos que carne, en contraposición con cuerpo según el uso del lenguaje bíblico, significa la existencia interpersonal y social, la existencia colectiva del hombre). Esta salvación de toda carne consiste originariamente y no derivadamente en la dimensión concreta social del ser humano y se refiere a la paz universal y justicia definitiva (véase 2 Petr. 3, 3), para que se sequen las lágrimas y no haya llanto, ni gritos, ni fatigas (Apoc. 21, 4).

Esta dimensión fundamental de una esperanza creadora de salvación del cristianismo aparece en nuestro tiempo relegada al olvido. La teología actual se ha referido a la subjetividad del que cree, a la así llamada individualidad de la salvación y ha tenido al mismo tiempo la tendencia peligrosa de hacer de la salvación algo totalmente privado. El énfasis en lo privado, que proviene de una filosofía trascendental, personalística o existencial, debe ser contrapesado por una teología que nosotros señalamos con el calificativo de teología política.

## **La esperanza es ser-para-los-demás**

La esperanza creadora y militante de los cristianos no es sencillamente expre-

sión de un "optimismo militante" (Ernesto Bloch). La esperanza no canoniza el progreso que nosotros causamos. La esperanza es y permanece una esperanza contra toda esperanza, la que se una a los ídolos que se han erigido a sí mismos en nuestra sociedad secularizada. La esperanza cristiana no es el ingenio de la razón que ha mirado y conocido definitivamente el futuro. El que espera no juega con el futuro el juego impaciente de conocer y saber mejor. El que espera es como un niño que ocasiona nuevos trastornos y perplejidades en el juego; es como un revolucionario que origina siempre nuevos conflictos.

La escatología cristiana no es una ideología del futuro. La pobreza de conocimientos acerca del futuro es precisamente su más cara prenda. Lo que la distingue de las ideologías de futuro provenientes del Este y del Occidente no es que ella conozca más acerca del futuro, sino que de por sí conozca menos acerca del futuro de la humanidad y se mantenga firme con la pobreza de su saber. "Por la fe, Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba" (Heb. 11, 8).

La esperanza cristiana conoce además su peligro extremo; ella sabe, para decirlo brevemente, algo acerca de la muerte, ante la que las más luminosas promesas amenazan oscurecerse. El ejercitarse anticipadamente en la muerte ha sido llamado la esperanza ascética del cristiano; ejercitarse en esa esperanza que sobrepasa esas seguridades que instantáneamente se pierden, ejercitarse en una esperanza contra toda esperanza.

Este movimiento de la esperanza no debe reducirse a un perderse del mundo en una forma totalmente individualista. La esperanza cristiana debe salir del dominio privado. Se despliega en relación con el mundo, con el mundo de nuestros hermanos. La esperanza se realiza en el vaciarse desinteresado del amor para con los demás, para con los "pequeños". Porque, como nos dice San Juan, el anticipo de la muerte ocurre en el amor: "Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos" (1 Juan 3, 14). Sólo quien así pierde su alma la ganará. La esperanza cristiana se apodera de la pasión de la muerte que amenaza nuestras promesas, superándola, al lanzarse osadamente a amar fraternalmente a los pequeños, imitando a Cristo, cuyo ser no consiste originalmente en el perfeccionamiento propio, no consiste en el reditio subjecti in se ipsum, sino que consiste en un ser-para-los-demás (D. Bonhoeffer). La esperanza es una imitación creadora de ese ser-para-los-demás, y es, por lo tanto, la forma de siervo de una responsabilidad creadora acerca del mundo.